



Los pobres de Dios, los “injusticiados” del mundo

José Agustín Monroy Palacio, CMF¹

Resumen²

Los pobres en la Biblia son los mismos que ha visto la humanidad en todos sus puntos cardinales y que seguirá viendo al lado o en miles de imágenes por televisión. Dios hace opción por estos pobres, marcados por el sufrimiento, el cansancio y el desespero; no porque sean buenos o malos, sino porque son el efecto de causas de exclusión, no solo por razones económicas, también por motivaciones étnicas y de género, entre otras. La exclusión es, al mismo tiempo, consecuencia de estructuras y conciencias construidas o formadas en la injusticia. Por lo anterior, en el presente artículo se denomina a los pobres de Dios y de Jesús, como los “injusticiados”³.

Abstract

The poor in the Bible are the same ones that humanity has seen in all its cardinal points and that we continue to see today by our side or in thousands of images on television. God makes choice for these poor, marked by suffering, fatigue and despair, not because they are good or bad, but because they are the effect of causes of exclusion, not only for economic reasons, but also for ethnic, gender, etc. Exclusion is at the same time the consequence of structures and consciences built or formed in injustice. Therefore, in this article, we call the poor of God and Jesus, as the “injusticiados”

Palabras Clave

Pobres, Exclusión, Injusticia, Opción, Preferencial

¹ José Agustín Monroy Palacio. Misionero Claretiano. Candidato a Doctor en Teología Bíblica, Universidad Pontificia de Salamanca (España), Licenza in Sacra Scrittura, Pontificio Istituto Biblico (Roma), Especialista en Educación y Sagrada Escritura, Fundación Universitaria Católica Lumen Gentium (Cali). Teólogo, Universidad Pontificia Bolivariana.

² El artículo retoma apartes de una conferencia dictada en Santiago de Cuba el 21 de febrero de 2011 con el título Los pobres nos evangelizan.

³ Es una palabra acuñada por el teólogo José María Vigil. Vigil, J.M., “La Opción por los Pobres es Opción por la Justicia, y no es preferencial”, RELAT 371 (en línea). Recuperado de: <http://www.servicioskoinonia.org/relat/371.htm>

Introducción

¿Por qué los pobres son prioridad para Dios? ¿Qué lleva a Dios a optar por el pobre, a escuchar su clamor y a bajar para guiar su liberación? La respuesta es simple y paradigmática: la injusticia.

En la Biblia, los pobres no solo se identifican con el sujeto “sin dinero”, objeto de limosna, caridad y beneficencia, sino con el sujeto “molido” por estructuras económicas, políticas y militares que lo convierten en víctima de exclusión y marginación. Estas estructuras que “muelen” a los pobres, como las estructuras faraónicas y monárquicas, son señaladas en la Biblia como fuentes de injusticia.

Puede afirmarse que, aunque los victimarios son en sí mismo injustos, las víctimas pobres no son en sí mismas justas. Los pobres son siempre fruto de estructuras y situaciones injustas, pero también pueden crear microestructuras y situaciones injustas. El presente texto se detiene solo en el carácter injusto de los victimarios, el mismo que Dios asumió y nos heredó como historia de salvación.

En la Biblia no se encuentra un capítulo dedicado a la justicia porque la justicia la atraviesa toda. Tampoco existe una definición precisa. Cuando Dios opta por encarnarse en la historia toma diversos rostros que le dan identidad propia. Uno de ellos es el rostro de la justicia. El Dios de la Creación, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, el Dios de las tribus, el Dios de Israel, el Dios de Jesús, es el Dios de la justicia (Is 30,18, Biblia de Nuestro Pueblo), que toma partido por los “injusticiados”.

Los “injusticiados” son los excluidos y marginados por causa de la injusticia que incluye a quienes carecen de bienes materiales, pero también a los excluidos por razones de género, religión, raza, entre otras. El concepto “excluido”⁴ es de reciente uso en las ciencias sociales y se identifica “con los pobres, porque ser pobre hoy es ser excluido” (Thai – Hop, s.f., párr. 5)⁵. La exclusión es la negación del otro, en términos no solo socioeconómicos sino

geopolíticos, religiosos, culturales, de género, de sexualidad o de etnia. La exclusión es el nuevo nombre de la pobreza y el nuevo rostro de los empobrecidos. En palabras de Gandhi, “La pobreza es la peor forma de violencia, porque hace patente la injusticia” (Fornet-Betancourt y Senent, 2004 p. 343) y en palabras del movimiento revolucionario indígena zapatista mexicano, necesitamos “es este ‘el mundo donde quepan todos los mundos’. No es una consigna, es un mundo donde yo quepa. Yo, con mi demanda, y con mi vida digna, y mi respeto” (Ibañez, 2009, p. 15).

La justicia frente a otros conceptos teológicos

En teología, el término justicia ha estado casi siempre bajo “sospecha”, lo que le ha valido un lugar secundario y marginal. Puede comprobarse cuando se confronta con otros conceptos teológicos como el amor, la fe o la sabiduría (Bovati, 1997)⁶:

Mientras la justicia se relaciona con algo externo, perteneciente al ámbito antropológico-social, el amor se presenta ligado al ámbito interior y espiritual y lo asociamos a generosidad, bondad, entre otras cualidades. Cuando la teología estudia la justicia hace especial referencia al Antiguo Testamento; mientras el amor, como si fuera un estadio superior a la justicia, se asocia con el Nuevo Testamento y por tanto a Jesús. Esta polarización entre la justicia y el amor llevó a muchos cristianos a resaltar la “caridad” olvidándose de los deberes de justicia. Así, por ejemplo, la limosna sustituía la obligación de luchar por hacer justas las estructuras sociales. O se predicaba la paciencia y el perdón para ocultar la injusticia de grupos de poder enriquecidos a costa de la opresión a los pobres. Esta concepción redujo la “opción por los pobres” a simple limosna⁷ y beneficencia.

⁴ “el adjetivo “excluido”, de “excluire, proviene del verbo latino “excludere”, que significa “sacar algo o alguien de un conjunto o recinto, dejando el recinto cerrado para él, dejar fuera, rechazar”.

formado del prefijo “ex” fuera de medida y “cludere” tema frecuentativo de “claudere” que quiere decir cerrar. La Real Academia de la Lengua lo define como “Quitar a alguien o algo del lugar que ocupaba o prescindir de él o de ello”.

⁵ Thai-Hop, Pablo. Los excluidos extraña criatura del nuevo paradigma tecno-científico. RELAT 120. Recuperado de: <http://servicioskoinonia.org/relat/120.htm>. Para el Consejo de la Comunidad Económica Europea, “se entiende por personas pobres a los individuos, las familias y los grupos de personas, cuyos recursos (materiales, culturales y sociales) son tan débiles que están excluidos de niveles de vida mínimas aceptables en el Estado miembro en donde viven”.

⁶ Ideas tomadas de notas de clase, Pietro Bovati (1997), Giustizia e ingustizia nell'AT. Roma, Italia, Pontificio Istituto Biblico

⁷ Desde la conquista o invasión a América los indígenas fueron víctimas de esta manera de pensar y actuar de los europeos: “Nos cristianizaron, pero nos hacen pasar de unos a otros como animales. Y Dios está ofendido de los chupadores. Solamente por el tiempo loco, por los sacerdotes locos, fue que entró a nosotros la tristeza, que entró a nosotros el cristianismo. Fue el principio de la miseria, fue el principio del tributo, fue el principio de la limosna”. De “los libros de Chilam Balam”. Citado en Dussel, Enrique. (1983) Historia general de la Iglesia en América Latina. Tomo I, Salamanca: Sígueme, p.260.

Frente a la fe, también la justicia salió mal librada. Mientras la justicia representaba la dimensión horizontal, histórica, sociológica de la existencia, la fe caracterizaba la dimensión vertical, la que asegura la relación con Dios. En el ámbito eclesial, la oposición fe-justicia se trasladaba a la división del cuerpo eclesial entre clero y laicos. El clero se autoproclamó como la base de la relación vertical y directa con Dios, ocupándose de los asuntos espirituales, cultuales y de todo lo relacionado con el más allá. A los laicos, en cambio, les corresponden los asuntos terrenos, los problemas del mundo y del ser humano.

En relación con la sabiduría, sobrevive en el imaginario teológico cristiano, que es más santo y sabio quien elige el camino de la meditación, el estudio o el conocimiento en general, que quien opta por la acción. A la justicia se le asocia con la segunda categoría, la del empeño concreto, inmediato y eficaz (la praxis); en cambio, la sabiduría pertenece al ámbito de la reflexión, la meditación y las ideas. Esta diferenciación se reflejaría en las clases sociales. Los intelectuales, los pensadores, los dueños del saber estarían en la clase social que ostenta el poder. En otra clase social estarían la masa, los obreros, los campesinos, quienes se la juegan en la práctica de la vida.

Algunos conceptos predominantes de justicia

Las definiciones de justicia, predominantes a lo largo de la historia, no coinciden con el pensamiento bíblico.

La idea dominante en nuestra sociedad asocia la justicia a una relación entre dos sujetos, dando a cada uno lo que le corresponde de acuerdo con su vivir y actuar. En otras palabras, el sujeto es definido justo o injusto según su modo justo o injusto de relacionarse con el otro.

El problema de esta definición, propia del derecho romano, que aún rige la rama judicial en la mayor parte de países del hemisferio occidental, radica en la pregunta ¿quién define lo que es justo para el otro? Por ejemplo, ¿quién define si es ilegal vender y consumir narcóticos, o si es legal vender licor o armas que igualmente matan. A nadie condenan por pagarle a un trabajador un salario insuficiente para vivir dignamente, porque está ajustado a lo “legal”. ¿Quién define que este salario es justo? ¿Cuántas injusticias se cometen a diario sin ser penalizadas porque las leyes las consideran justas? La razón es simple, los poderosos son quienes a lo largo de la historia han hecho las leyes que definen lo justo o no justo, de acuerdo con sus intereses particulares.

Esta definición y concepción de justicia genera problemas a la hora de comprender la diversidad y la alteridad. Las diferencias son interpretadas con categorías de superioridad e inferioridad, donde las relaciones sociales están determinadas por una jerarquía “étnico-racial”, superior, blanca, europea, civilizada y desarrollada, que domina, explota y controla a los inferiores, bárbaros y subdesarrollados, en todas las esferas de su vida, económica, política, cultural, sexual y epistémica. Por ejemplo, ¿quién definió, durante el período de la colonia, que era justo esclavizar a los negros o los indígenas? ¿Quién define si es justo que la mujer esté marginada de cargos de dirección en los ámbitos civil, militar o religioso?

La Biblia da pasos adelante cuando señala que no basta darle a cada uno lo que le corresponde por méritos, sino también devolverle al lugar otorgado por Dios en la Creación. En este sentido, más que una justicia conmutativa o distributiva, se plantea una justicia liberadora o “rescatadora”.

La justicia en sentido bíblico

En hebreo, el concepto justicia expresa dos ideas fundamentales: Sdq: “orden adecuado”. Sdqh: “comportamiento recto que conduce al orden adecuado”. Indica el estado armónico de la comunidad como fruto de individuos que con su comportamiento recto conducen hacia el “orden adecuado” (Jenni y Westermann, 1985; Balz y Schneider, 1998; Coenen, Beyreuther y Bietenhard, 1990; Rossano y Girlanda, 1990).

De acuerdo con lo anterior cabe la pregunta: ¿Desde qué punto de vista alguien es justo o participa de la cualidad de justicia?

“Justo” es quien logra establecer una relación con la comunidad, en términos de fidelidad, lealtad, solidaridad, más que obediencia a una norma, sea ética o jurídica. Y hay justicia cuando se establece “el orden adecuado” de acuerdo con la “armonía de las relaciones comunitarias”. Entonces, cuando hay un esclavo, una viuda, un huérfano, se levanta la voz de los profetas clamando justicia, porque el orden de Dios, que es el de la armonía comunitaria, se ha resquebrajado. Dios siente la necesidad de hacerse presente en la historia a través de Moisés, los profetas y, finalmente, de Jesús, para restablecer la armonía o la justicia entre su pueblo. La relación de Dios con la humanidad es motivada por la justicia en favor de esa parte de la humanidad que sufre la injusticia. Se trata de los pobres no solo en el campo socioeconómico, sino aquellos que sufren la injusticia. Todo comportamiento contra los pobres va contra la

justicia, es decir, contra la armonía comunitaria.

Los pobres, el rostro visible de la injusticia en la Biblia

Los indicadores bíblicos de la injusticia en una sociedad son los pobres, los excluidos y los marginados. Así se evidencia a lo largo de toda la Biblia.

El libro del Génesis es la historia de las familias patriarcales. De acuerdo con los especialistas bíblicos, el nacimiento de Israel no se da por la multiplicación de una familia, sino por la unión de varios clanes a través de alianzas estratégicas. Estas tribus, previas a Israel, supieron construir una armonía de relaciones comunitarias y sociales, posible gracias a valores como éstos:

- Alianza fundamentada en la capacidad de recordar por siempre que la armonía de una sociedad va más allá de los valores de la carne y de la sangre. Unidos en torno al Yahveh de la historia y a la consolidación de una organización social donde “no haya pobres entre ustedes” (Dt 15,4), logran hacer realidad el sueño de un territorio espacioso y abundante, que mana leche y miel (Ex 3,8).
- Goelazgo o capacidad de rescatar a los hermanos y hermanas que por factores externos o internos sufren la injusticia de la esclavitud, la pérdida de sus posesiones y la marginación social.
- Pascua, memoria del pasado de esclavitud y pobreza, con la firme intención de iluminar el presente y construir caminos de liberación para el futuro.
- El éxodo narra la historia de los hebreos, quienes cayeron bajo el dominio y control político de Egipto, un imperio que se apropiaba de los excedentes económicos y humanos, bajo el modelo socio-económico “tributario” del Medio Oriente. Un imperio sostenido en una figura piramidal, con el faraón en la cúspide, en medio una triple estructura al servicio de la monarquía faraónica (económica, militar y religiosa) y en la base el pueblo pobre que con el tributo sostenía la pirámide que lo aplastaba.

Frente al clamor de un pueblo esclavizado, Dios toma la decisión de unirse a los pobres de la tierra. El Dios “de lo alto” decide convertirse en un Dios del territorio y de la historia. Y a partir de Moisés -el elegido para llevar a cabo el proyecto liberador- todos quedan marcados con el sello de los pobres. El destino de quienes creen en Dios estará por siempre ligado a los pobres que claman justicia. Y, desde ese momento, se puede decir, literalmente, que los pobres son la Buena Noticia de Dios.

Lograr un cambio social, o pasar de un estado de perturbación comunitaria a un estado de paz y respeto por las relaciones de justicia, no es posible sin la conversión interior, sin un cambio de mentalidad. El desierto es el equivalente al estado interior de conciencia vivido por quien se propone realizar un cambio en lo social. El paso por el desierto simboliza, entonces, la necesidad vista por Dios de concientizar a su pueblo antes de entrar en la tierra prometida. Es necesario que cambien el esquema mental traído de Egipto, que a pesar de sufrirlo en carne propia lo reproducen en los pequeños espacios familiares y sociales. Los hombres que se comportan como verdaderos faraones con sus esposas e hijos, la codicia que reduce la vida a acumular (Ex 16,16-20), el egoísmo que privilegia lo individual excluyendo las necesidades del otro, el liderazgo ejercido sin democracia (Ex 18,13-27), el incumplimiento de la alianza como signo de fidelidad (Ex 19), la idolatría que rompe la fidelidad a Yavé (Ex 32) son, entre otros, los problemas a resolver en el desierto. No basta ser pobre, es necesario ser pobre con conciencia de justicia. Por esto, cuando se afirma que los pobres son una Buena Noticia no es porque sean buenos, o los mejores, o los más santos. Basta repasar el relato del becerro de oro, para conocer la ira que causan los pobres en el corazón de Dios; pero aun así, Dios es fiel a su opción. Quien opta por los pobres no lo hace porque sean los buenos, ni siquiera porque sean pobres, sino porque es una opción unida a la opción de Dios por las víctimas de la injusticia.

Una vez llegadas a la tierra prometida, las doce tribus de Israel establecen un modelo de sociedad alternativo basado en la justicia, la fraternidad y la solidaridad. A pesar de las dificultades, este nuevo modelo logra durar, aproximadamente, 225 años, hasta cuando la codicia y el egoísmo se imponen exigiéndoles al profeta Samuel y a Dios la institución de la monarquía, que implicaba volver al modelo faraónico que tan malos recuerdos traía a la justicia y a los pobres de Israel. La monarquía se impone, no sin antes advertir Dios lo que va a suceder (Sa 8,10-18).

Los reyes como mediadores de justicia entre Dios y los pobres son un verdadero fracaso. El Dios del éxodo, caracterizado por ser un Dios cercano, es convertido por los reyes en una deidad de bolsillo, lejano de las cosas de la vida, encerrado en un templo y viviendo solo con las mediaciones del culto y los sacrificios, como si necesitara de ello para ser Dios. Fue así como, poco a poco, se fue separando la causa de Dios de la causa de los pobres.

El profetismo nace en Israel como la conciencia crítica de la monarquía. La Monarquía significó la renuncia al ideal comunitario tribal para implementar de nuevo un modelo generador de injusticia, sufrimiento y muerte. Ante esta infidelidad de los reyes, los profetas retoman la “de-

fensa de Dios” que no es otra cosa que la “defensa de los pobres” (Is 10,1-2; Is 11,1-4; Jer 22,3-5).

El imperio babilónico derrumbó, sin contemplaciones, las instituciones más sagradas de Israel. Su mundo económico, político y religioso fue destruido. Sus líderes políticos, militares, religiosos y económicos fueron llevados al destierro. Mientras tanto, Jerusalén quedaba incendiada y asolada, el templo destruido y saqueado, el pueblo huérfano, sin techo y con hambre. Como era natural, la destrucción de Jerusalén y de su Templo desató una gran crisis espiritual, por la caída de los pilares que sostenían la fe del pueblo. Política y religiosamente, el pueblo estaba destruido. De inmediato, comenzó la búsqueda del culpable del desastre. No faltaron quienes le echaron la culpa a Dios tildándolo, incluso, de mentiroso, dado que se había mostrado como un Dios poderoso y ahora había sido derrotado por el dios Marduk de Babilonia. El Dios liberador los dejaba en la esclavitud. El Dios que había prometido una dinastía eterna en David, ahora los dejaba sin reyes ni Jerusalén. El Dios que los hacía orgullosos de su casa-templo, centro del mundo, había permitido su ruina.

Por eso los sabios, ancianos y profetas de Israel se propusieron citar a juicio a quienes habían manejado algún tipo de poder y que, por ese hecho, pudieron haberse aprovechado de la debilidad de los otros. Gn 1-11 es una catequesis, fruto del análisis realizado por los sabios a todos los campos (personal, grupal y nacional) y a todas las realidades (social, política, económica, cultural y religiosa). Todos, menos Dios, resultaron culpables. La estrategia de esta genial introducción del Pentateuco era simple: indicar dónde y cómo se generaron los grandes egoísmos presentes en la historia de Israel y que la llevaron a su fracaso. El resultado de ese juicio histórico fue señalar el egoísmo y la injusticia (poder de dominio) como causas de la destrucción de la armonía comunitaria. La clave fundamental de la justicia bíblica pasa por combatir las diversas formas de “egoísmo” (De la Torre, 2015).⁸

Persia, el nuevo amo del mundo, permite a los exiliados regresar Israel. En los preparativos para el regreso y la reconstrucción surgen dos propuestas diferentes. La del profeta Ezequiel, representante de quienes están en el exilio, quien propone comenzar reconstruyendo el templo y el culto (Ez 40-48). La otra propuesta, liderada por el tercer Isaías (Is 60-62), representando los intereses de quienes se habían quedado en Israel (“los pobres de la tierra”), proponía reconstruir, en primer lugar, la vida de los pobres, que durante este tiempo habían terminado en la miseria. La idea aparece clara en Is 61,1-2.

La propuesta que triunfa es la de reconstruir el templo. Esta perspectiva en manos de Esdras dará origen a la religión judía, centrada en la Ley, el Templo y la raza. De esta concepción religiosa surgirán grupos como los fariseos, que antepondrán la ley incluso a salvar una vida o a rescatar un pobre (Mc 3,1-6).

Las consecuencias de tal decisión terminaron fortaleciendo la identidad a partir de lo religioso, pero a costa de mayor pobreza en el pueblo. De esto deja constancia Nehemías, en un texto posexílico (Neh 5,1-12).

Va a ser este contexto, centrado en la ley, más que en la vida del pobre, el que abrirá el camino para la venida de Jesús.

Jesús asume la causa de los pobres

La situación de los pobres se agrava. Su clamor resplandece en el Universo. Dios no necesita bajar porque ya lo había hecho en el éxodo; lo que va a cambiar es el mediador, que será el mismo Dios hecho hombre. Dios no solo opta por los pobres, sino que se hace uno de ellos, naciendo en un pesebre, perseguido desde niño por los dueños del poder (Herodes), habitante de un pueblo completamente marginal en Israel, que ni siquiera es mencionado en el Antiguo Testamento. Natanael llega a decir “puede salir algo bueno de Nazaret” (In 1,46).

Jesús inaugura su misión en la sinagoga de Nazaret retomando a Is 61,1-2: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar el evangelio a los pobres. Me ha enviado para proclamar libertad a los cautivos, y la recuperación de la vista a los ciegos; para poner en libertad a los oprimidos; para proclamar el año favorable del señor” (Lc 4,18-19). Anunciar el evangelio a los pobres no es solo una dimensión de la misión o una línea pastoral, sino un proyecto de vida. Con sus palabras y sus acciones, Jesús va a hacer realidad el reinado de Dios a favor de los pobres.

Así se constata cuando Juan el Bautista envía sus discípulos donde Jesús para preguntarle si es el Mesías esperado o deben esperar otro. Jesús responde: “vayan y cuenten a Juan lo que han visto y oído: los ciegos reciben la vista, los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos son resucitados y a los pobres se les anuncia el evangelio” (Lc 7,22). Los pobres son el criterio para discernir la presencia del Mesías y también, el indicador de cumplimiento en el juicio final (Mt 25,37-40).

⁸ De la Torre, Gonzalo, Ecoética, Génesis 1-11, Centro Camino 2015

Jesús pone a los pobres en el centro de su proyecto misionero

En Mc 3,2, el hombre de la mano seca, acostumbrado a ser excluido, no solo será incluido por Jesús en la sociedad al ser curado, sino que es colocado en el centro, lugar privilegiado a donde se dirigen todas las miradas.

Pero hay otro texto que explica mejor la centralidad del pobre-excluido-injusticiado en la misión de Jesús. En Mt 26,61 Jesús es acusado de “destruir el santuario de Dios, y en tres días edificarlo”. La teología de la santidad en la religión judía estaba respaldada por la mayor cercanía al Santo de los Santos en el templo de Jerusalén. El Sumo sacerdote era el más cercano al Santo de los Santos, hecho por el cual se le consideraba el más santo. El segundo más cercano era el patio de los sacerdotes, confiriéndoles a estos el segundo lugar en santidad. Viene luego el patio de los hombres, siendo los terceros en santidad. En el último lugar, el patio de las mujeres, por tanto, las últimas en santidad. Fuera del templo, estaban los gentiles considerados fuera de toda santidad.

De esta concepción religiosa se deduce que las mujeres y los paganos son los menos santos por estar más alejados del Santo de los Santos. Lo mismo se aplica geográficamente. La ciudad más santa es Jerusalén, luego Israel y, finalmente, las ciudades paganas. Esta idea de templo que manipula a Dios y discrimina, por ejemplo, a las mujeres, es el que Jesús viene a destruir, cambiando esta estructura de templo vertical, fiel reflejo de la estructura faraónica, por una circular, donde todos y todas, sacerdotes o laicos, hombres o mujeres, judíos o paganos... tienen la misma oportunidad y la misma responsabilidad de ser santos, incluyentes y justos.

La primera bienaventuranza se refiere a los pobres “Bienaventurados los pobres porque de ustedes es el Reino de Dios” (Lc 6,20). También es la única, junto a la de “perseguídos por la justicia”, que está en tiempo presente, las demás en tiempo futuro. Esto significa que los pobres, desde ya, son poseedores del Reino. Mateo a diferencia de Lucas habla de los pobres de espíritu (Mt 5,3). ¿Está Mateo ampliando el abanico de los pobres? ¿Es la prueba bíblica para afirmar que basta tener un corazón de pobre, así se tengan muchos bienes para poseer el reino? ¿Estamos ante una espiritualización de la bienaventuranza?

Repasando el evangelio de Mateo, es probable que se trate de incluir a los ricos entre los pobres, pues no parece un evangelista muy amigo del dinero “no se puede servir a Dios y al dinero” (Mt 6,24), ni de los ricos “Yo les

aseguro que un rico difícilmente entrará en el reino de los cielos”.

Es probable que Mateo haya experimentado en su comunidad, a personas que se sentían seguras del Reino por el solo hecho de ser pobres. Lo mismo que pasó con los judíos herederos de Set, quienes creyeron estar salvados por el hecho de ser pueblo elegido, y ya se sabe lo que les pasó con el diluvio. Igualmente, hoy muchos cristianos creen que por ser bautizados ya están salvados. Pues bien, Mateo deja claro que no basta ser pobre para heredar el Reino, también se necesita compromiso de vida. Así se corrobora con la parábola de los invitados a la boda, donde Mateo añade a la de Lucas, la actitud del rey, quien, al entrar al banquete, donde todos son pobres (lisiados, cojos, ciegos...), echa fuera a uno que no traía el traje indicado para la fiesta de Jesús. (Lc14,16-24 y Mt 22,1-14).

Los pobres son invitados privilegiados, pero deben ponerse el traje apropiado, es decir, no solo son sujetos privilegiados del reino sino también responsables de vivirlo y anunciarlo.

La pobreza, un criterio para el discipulado de Jesús

La pobreza asumida por Jesús queda definida como criterio de discipulado y de misión, “cualquiera de ustedes que no renuncie a todos sus bienes no puede ser discípulo mío” (Lc 14,33), “no procuren oro, ni plata, ni cobre en sus alforjas para el camino...” (Mt 10,9ss).

Las primeras comunidades cristianas, en medio de ambigüedades y contradicciones, siguieron este camino. En la primera carta a los Corintios Pablo dice “Ha escogido Dios más bien a los locos del mundo para confundir a los sabios. Y ha escogido Dios a los débiles del mundo, para confundir a los fuertes. Lo plebeyo y despreciable del mundo ha escogido Dios; lo que no es, para reducir a la nada lo que es” (1 Cor 1,27-28). Al final de la asamblea de Jerusalén, Santiago, Cefas y Juan le piden a Pablo que “se acuerden de los pobres” (Gal 2,10), que será una preocupación permanente de Pablo en la denominada colecta para los pobres (2 Cor 8-9).

Conforme pasan los años y crece la Iglesia, la riqueza y la relación con los pobres se complica. En Col 3,5 se afirma que la “codicia es una idolatría”. En 1 Tim 2,9 se habla contra las mujeres que ostentan lujo y riqueza. Para ejercer el cargo de “episcopo” se pone como criterio el ser desprendidos del dinero (1 Tim 3,3). La codicia es ya reconocida como la madre de todos los males: “Los que se

afanan por enriquecerse caen en tentaciones y trampas y múltiples deseos insensatos y profanos, que precipitan a los hombres en la ruina y la perdición. La raíz de todos los males es la codicia” (1 Tim 6,9-10).

Para Santiago, a los ojos de Dios, los pobres ocupan el primer puesto (San 1,9-10). Las discriminaciones económicas son contrarias a la fe en el Señor Jesús (San 2,1-4). Denuncia a los ricos que oprimen a los pobres (San 2,6 y 5,1-6).

La Iglesia y los pobres

En continuidad con el Nuevo Testamento, la Iglesia, a pesar de las ambigüedades y contradicciones en su testimonio, siguió dando prioridad a los pobres en su tarea pastoral. Al respecto existen testimonios a lo largo de la historia de la Iglesia.

Los Padres de la Iglesia

- “Si realmente amases a tu prójimo, tiempo ha hubieras pensado en desprenderte de lo que tienes. Pero la verdad es que llevas más pegado a ti el dinero que los miembros de tu cuerpo, y te duele más desprenderte de él que si te cortaran los miembros más importantes”. San Basilio (330-379 d.C.).
- “Es un homicidio negar a un hombre el salario que le es necesario para su vida”. “La naturaleza suministra su riqueza a todos los hombres en común. Dios ha creado todas las cosas para que todos los seres vivientes las gocen en común, y para que la tierra se convierta en una posesión común a todos. La propia naturaleza es la que ha creado el derecho de la comunidad, y es la usurpación injusta la que ha creado el derecho a la propiedad privada”. San Ambrosio (340-397 d.C.).
- “Con razón habla el evangelio de riqueza injusta, pues todas las riquezas no tienen otro origen que la injusticia y no se puede uno hacer dueño de ellas a no ser que otro las pierda o se arruine. [...] Por tanto, si tienes más de lo que necesitas para vestir, distribúyeselo a los que no tienen y reconoce que eres deudor de ello”. (Carta a Hebidia). San Jerónimo (340-420 d.C.).
- “Si las riquezas producen pobreza en lugar de resolverla, no son riquezas, sino armas de destrucción de aquello que por la naturaleza es el ser humano”. San Agustín (354-430 d.C.).
- “Las riquezas son injustas o porque las adquiriste injustamente o porque ellas mismas son injustas ya que tú tienes y otro no tiene, tú abundas y otro vive en la miseria... El oro y la plata pertenecen sólo a aquel que sabe usarlos... Uno es digno de poseer cuando lo usa bien.

Y quien no usa justamente no posee legítimamente... y si se proclama dueño de algo no será esta palabra de poseedor justo sino de usurpador sinvergüenza” San Juan Crisóstomo (347-407 d.C.).

La Edad Media

Los Obispos, en la Edad Media, eran tenidos como los “padres y defensores de los pobres”, cuya obligación era disponer la cuarta parte de las rentas de las iglesias locales para los pobres. Los monasterios eran lugares de alimentación de los pobres. Posteriormente, se unieron a este ejército innumerables agrupaciones de laicos. Todos tenían en común, el servicio a los pobres desde la caridad, bajo el signo de la limosna.

Más que una opción por los pobres, se pretende la consolidación de un proyecto bien estructurado de beneficencia cristiana, a través de la caridad o la limosna. No se trata de subvalorar obras como asilos, orfanatos, hospitales, “registro de los pobres” (una oficina creada específicamente para atenderlos), cooperativas agrícolas, entre otras que desde esta época hasta hoy siguen resolviendo conjuntamente problemas concretos de los más pobres y necesitados. Sin embargo, muy pocas veces se levantaron voces para optar por los pobres como verdaderos sujetos históricos, no solo de beneficencia, sino de justicia y amor evangélico. Esto coincidió con el proceso en el cual la Iglesia pasa de las catacumbas a los palacios, de la marginalidad al poder, de la pobreza a la opulencia.

Por muchos siglos, y en algunos lugares, hasta hoy, la Iglesia optó por establecer alianzas con los estados u organizaciones que permiten mantener posiciones de poder más que de servicio e, incluso, justificar muchas injusticias de los ricos a cambio de algunas migajas para los pobres. En lenguaje moderno, puede decirse que la Iglesia organizó el trabajo con los pobres de manera similar al de una Organización No Gubernamental, preocupada de captar recursos de los estados o los ricos para favorecer a los pobres. Una labor excelente benéfica, pero ambigua e incompleta.

En medio de esta realidad van surgiendo signos que permiten a la Iglesia recuperar su razón de ser evangélica al servicio de los pobres.

A partir de la revolución industrial, la Iglesia comienza a mirar a los pobres no solo desde la caridad sino desde la necesidad de organizarse para defender sus intereses: “Es hacia las clases desafortunadas hacia donde el corazón de Dios parece inclinarse más... Jesucristo

abrazo con una caridad más tierna a los pequeños y oprimidos” (Leon, XIII, 1891) Un mes antes de comenzar el Concilio Vaticano II, el Papa Juan XXIII dejó claro su pensamiento en torno a los pobres “Frente a los países subdesarrollados, la Iglesia se presenta tal como es y desea ser: la Iglesia de todos y, particularmente, la iglesia de los pobres.” (Juan XXIII, 1962). La Conferencia Latinoamericana de Medellín declara que la situación de los pobres no es fruto del azar sino de una “violencia institucionalizada” y estructural; además, que el evangelio debe leerse desde la “opción por los pobres”: “Defender, según el mandato evangélico, los derechos de los pobres y oprimidos, urgiendo a los gobiernos y clases dirigentes para que eliminen todo cuanto destruya la paz social: injusticias, inercia, venalidad, insensibilidad; denunciar enérgicamente los abusos y las injustas consecuencias de las desigualdades excesivas entre ricos y pobres, entre poderosos y débiles, favoreciendo la integración.” (Medellín, 1968). Los obispos en Puebla reafirman la opción por los pobres, aunque añaden que es preferencial, generando un poco de ambigüedad y confusión (Puebla, 1979). Plantean, igualmente, la necesidad de construir una Iglesia “comunidad de comunidades” que unida a la opción por los pobres desplegará en América la multiplicación de pequeñas comunidades cristianas que leen la palabra de Dios, con tres claves: el pretexto (la realidad), el contexto (la comunidad de fe que lee y se compromete a transformar la realidad) y el texto (la palabra de Dios, contextualizada y comprometida).

La Vida Religiosa latinoamericana también ha estado en la frontera de la opción por los pobres, no solo desde la “limosna” sino desde la cercanía (inserción) y el compromiso común por reconstruir la Iglesia y la sociedad. Un informe presentado por el Departamento de Investigación Sociológica de los Religiosos (DIS), basado en una investigación internacional, dice:

La misión profética de la vida religiosa se ha visto enriquecida, en muchas congregaciones, con la opción preferencial por los pobres, una de las constantes evangélicas que aparece con nuevo vigor en la vida religiosa en los últimos decenios. Los/as religiosos/as, personal e institucionalmente, han hecho esa opción preferencial por los pobres, es decir, se han sentido llamados a situarse del lado de los pobres, los marginados y los débiles de la sociedad y del mundo como lo hizo Jesús (...) Los datos indican que la gran mayoría se mueve por este ideal: en los países en vías de desarrollo viven comprometidos con los pobres y junto a ellos; en los países desarrollados, de hecho, unos están comprometidos por los pobres en su medio, el 25% de los religiosos y el 35% de las religiosas; desean comprometerse más, el 20% de los religiosos y el 25% de las religiosas; y, finalmente, se sienten solidarios con los pobres, desde lo que están viviendo

como misión de la congregación actualmente, el 50% de las religiosas y el 35% de los religiosos (Freitas, 1995).

En 2001, en el Mensaje de la X Asamblea General Ordinaria del Sínodo de Obispos, reunidos en Roma, entre el 30 de septiembre y el 27 de octubre, se denuncia el aumento de la pobreza en el mundo pero también, se reitera el compromiso de la Iglesia con los pobres:

Según observadores competentes de la economía mundial, el 80% de la población vive con el 20% de los recursos y mil doscientos millones de personas deben ‘vivir’ con menos de un dólar por día... algunos males endémicos, subestimados durante mucho tiempo, puede conducir a la desesperación de poblaciones enteras. ¿Cómo callarse frente al drama persistente del hambre y la pobreza extrema en una época en la cual la humanidad posee como nunca los medios de un reparto equitativo?... (10-11). Los niveles de miseria, marginación y exclusión crecen sin descanso. Las desigualdades se notan cada día más. En una palabra, la injusticia por la que clamaban algún día los hebreos en Egipto se sigue repitiendo. Y la Iglesia tampoco ha bajado la guardia. La Iglesia, en muchos rincones del mundo sigue siendo no solo un plato de comida sino una escuela de conciencia para reconstruir la sociedad (Juan Pablo II, 2001).

El reto de una Iglesia al servicio sigue siendo actual y desafiante como lo expresa el mismo Papa Francisco: “Quiero llamar a todos los cristianos, en particular a los pastores, a renovar el impulso misionero, a tomar la iniciativa frente a tantas injusticias, a involucrarse con los problemas de los vecinos, a acompañarlos en sus luchas, a cuidar los frutos de su trabajo comunitario y celebrar juntos cada pequeña o gran victoria. Sé que hacen mucho, pero les pido que recuerden que no es una tarea más, sino tal vez la más importante, porque “los pobres son los destinatarios privilegiados del Evangelio” (Benedicto XVI, *Discurso en el encuentro con el Episcopado brasileño*, 11 mayo 2007, 3). (27 de noviembre de 2015, Suburbio)



Conclusiones

Por un acto de justicia, Dios mismo hizo la opción de los pobres hasta el punto de bajar a liberar, en un primer tiempo, y a poner un pesebre, en un segundo tiempo y por siempre, entre todos.

La justicia lleva a descubrir que los pobres son la Buena Nueva de Dios, porque son su propia huella en la historia, y por tanto, sujetos protagónicos. No se opta por los pobres por lástima u opción facultativa, sino por convicción-obligación divina e histórica; lo cual lleva a comprender que la opción por los pobres no es una opción pastoral sino un criterio que marca todas las pastorales.

Esta concepción de justicia nos permite entender que el concepto de pobreza va más allá de lo socioeconómico, extendiéndose a todos los pobres que por su cultura, género, raza, entre otras causas, sufren la injusticia.

Permite hacer claridad en torno a la preocupación por los ricos. El evangelio de Lucas es claro cuando dedica una bienaventuranza a los pobres (Lc 6,20) y un “¡ay! a los ricos (Lc 6,24). El mismo evangelista afirma que “no se puede servir a Dios y al dinero” (Lc 16,13). Cuando aparecen personajes ricos como Zaqueo, el seguimiento de Jesús lo lleva a abandonar su actitud opresora y también su riqueza. En cambio, el joven rico, renuncia a seguir a Jesús por seguir apegado a su dinero. Jesús no excluye a las personas sino sus actitudes, los intereses que defienden, su codicia y egoísmo que por acumular les impide pensar en el hermano. Jesús no excluyó al joven, este se autoexcluyó de asumir el proyecto de Jesús.

La justicia muestra a los pobres no solo como realidad social sino, también, como realidad espiritual concibiendo lo espiritual no como lo contrario a lo material o corporal, sino como la conciencia crítica y profunda de la realidad.

La justicia conduce a considerar la opción por los pobres como la mayor y mejor tarea a realizar para construir la propia humanización.

Hay quienes se burlan hoy de aquellos ilusos que donaron su vida a favor de los pobres, como si fuera algo pasado de moda. Actualmente, la realidad, con todas sus ambigüedades, no opaca una realidad latente, los pobres-injusticiados siguen siendo la mejor manera de encontrar a Dios en la historia y de sentir la presencia real y utópica del reino de Jesús.

Referencias

- Balz, H. y Schneider, G. (1998) Diccionario exegético del Nuevo Testamento. Salamanca: Sígueme
- Bovati, P. (1997). Giustizia e ingustizia nell'AT. Roma: Pontificio Istituto Biblico [Notas de clase]
- Coenen, L., Erich Beyreuther, E. y Bietenhard H. (1990) Diccionario Teológico del Nuevo Testamento (Vol. 2). Salamanca: Sígueme
- CELAM. Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Documento final de Medellín.1968. Paz 22-23. Recuperado de: http://www.celam.org/-conferencias_medellin.php
- CELAM. Tercera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Documento final de Puebla.1979. Paz 22-23. Recuperado de: http://www.celam.org/doc_conferencias/Documento_Conclusivo_Puebla.pdf
- De la Torre, G. (2015). Ecoética, Génesis 1-11. Centro Camino. Quibdó.
- Fornet-Betancourt R. y Senent J.A. (2004). Filosofía para la convivencia. Madrid: Editorial MAD
- Freitas, C (1995). ¿Todavía la opción por los pobres? Recuperado de: <http://servicioskoinonia.org/relat/147.htm>
- Ibañez, Alfonso., (2009). La utopía de “Un mundo donde quepan todos los mundos”. Guadalajara, México. Universidad de Guadalajara. Recuperado de: <http://revistascientificas.udg.mx/index.php/CL/article/view/2888/2626>
- Jenni, E. y Westermann C. (1985). Diccionario teológico manual del Antiguo Testamento. Madrid: Cristiandad.
- Juan Pablo II. X Asamblea General Ordinaria del Sínodo de Obispos, Roma 30 de septiembre y el 27 de octubre de 2001. Recuperado de: http://www.vatican.va/roman_curia/synod/documents/rc_synod_doc_20010601_instrumentum-laboris_sp.html
- Juan XXIII. Radiomensaje de su santidad Juan XXIII un mes antes de la apertura del Concilio Vaticano II. Septiembre 11 de 1962. Recuperado de: https://w2.vatican.va/content/john-xxiii/es/messages/pont_messages/1962/documents/hf_j-xxiii_mes_19620911_ecumenical-council.html
- León XIII. Encíclica Rerum Novarum. 15 de mayo de 1891. 20,2. Recuperado de: <http://es.catholic.net/op/articulos/24323/cat/577/rerum-novarum.html>
- Mayor Zaragoza, Federico, discurso en Foro sobre la “Reforma Social y la pobreza” convocado por la ONU el 10 de febrero de 1993. Citado por Fornet-Betancourt Raúl y Senent Juan Antonio, (2004), Filosofía para la convivencia. Madrid, España: Editorial MAD
- Rossano, G. Ravasi y A. Girlanda. (1990). Nuevo Diccionario de Teología Bíblica. Madrid: Paulinas.
- Thai-Hop, P. (s.f.). Los excluidos, extraña criatura del nuevo paradigma tecno-científico. Lima: Centro Bartolomé de las Casas. Recuperado de: <http://servicioskoinonia.org/relat/120.htm>

CAMINO

REVISTA PENSAMIENTO BÍBLICO & CULTURAL



Uniclaretiana
Fundación Universitaria Claretiana



EDITORIAL
Uniclaretiana



QUIBDÓ / COLOMBIA